

Mariana Zinni*

⇒ *Infortunios de Alonso Ramírez,* de Carlos de Sigüenza y Góngora: aproximaciones a una geografía poscolonial

Resumen: *Infortunios de Alonso Ramírez* puede ser leído como un ejercicio mimético en relación con la problemática establecida en las dinámicas de dominación colonial, un ejercicio que no sólo mima-imita cuestiones genéricas deformándolas en el proceso mismo de constitución del texto (novela picaresca, relato de viajes), sino que se inscribe en la serie de problemas entre colonizadores y colonizados. Propongo una lectura planteando cómo Sigüenza y Góngora, a la hora de re-presentar la colonia respecto de la metrópolis, sitúa a México en el circuito cultural, proponiendo un movimiento de “metropolización” de la ciudad en relación a otra periferia, las Islas Filipinas, y descentrando el imperio al establecer la existencia de este otro suburbio en un hábil delineamiento de lo que llamaré “geografía poscolonial”.

Palabras clave: Carlos de Sigüenza y Góngora; Literatura colonial; México; Siglo XVIII.

Abstract: *Infortunios de Alonso Ramírez* can be read as a mimetic exercise related to some core problems regarding the dynamics of colonial domination. Such exercise not only mimes-imitates textual aspects of other genres by reshaping the process of text constitution itself (picaresque novel, travelogue), but also inscribes itself in the relationships between colonized and colonizers. I propose a reading of this text by arguing that Sigüenza y Góngora, while re-presenting the colony vis-à-vis the metropolis, situates Mexico City in a cultural circuit and proposes a movement of “metropolization” of the colonial city regarding the other periphery, the Philippines. Consequently, Sigüenza will descenter the empire by establishing the existence of this other suburb in a clever stroke of which I will propose to call “postcolonial geography”.

Keywords: Carlos de Sigüenza y Góngora; Colonial Literature; Mexico; 17th Century.

[...] it does not aim, through mimicry, to subvert someone else’s agenda but, through a process of interculturative adaptation, to create its own (Graham Huggam 1997-1998: 101).

* Mariana Zinni enseña literatura colonial y poscolonial en Queens College, City University of New York. Su investigación y sus numerosas publicaciones se encauzan en literatura y cultura colonial latinoamericana, prosa neobarroca contemporánea y teoría literaria. Actualmente se encuentra finalizando su manuscrito *Mimesis, exemplum, narración: la crisis de la hermeneusis cristiana en la enciclopedia doctrinal de Sahagún*.

Infortunios de Alonso Ramírez, publicado en 1690 por el letrado criollo don Carlos de Sigüenza y Góngora,¹ puede ser leído como un ejercicio mimético en la relación problemática establecida en el seno de las dinámicas de dominación colonial. Este ejercicio no sólo mima cuestiones genéricas deformándolas en el proceso mismo de constitución del texto, sino que también se inscribe en la serie de problemas surgidos entre colonizadores y colonizados a la hora de explicitar cierta autoridad epistemológica y representaciones del poder de parte de unos y otros.

En el caso de *Infortunios de Alonso Ramírez*, estos procesos se manifiestan tanto desde la elección del soporte textual (la “perversión” de un género como es la novela picaresca), como también a nivel argumental, en el delineamiento de ciertos recorridos geográficos que realiza el personaje en su periplo. Hablando del mundo, de la periferia del mundo, el letrado mexicano hablará de México y de la Nueva España, y en el mismo gesto situará a las colonias en el circuito cultural. Asimismo, propondrá un movimiento de “metropolización” de la ciudad de México en relación a otra periferia desplazando el imperio, descentrándolo y volviéndolo a centrar al establecer la existencia de este otro suburbio. Recorrerá la periferia de la periferia del imperio² con el afán de ubicar, definir, situar al Nuevo Mundo en la historia. Hará transitar a su personaje por fuera del poder metropolitano peninsular consolidando una afirmación de la existencia del Nuevo Mundo. Sigüenza y Góngora, efectivamente, pondrá a México, y por ende, a los territorios coloniales, en el mapa. Siguiendo a Kathleen Ross, “the *Infortunios de Alonso Ramírez*, are an affirmation of New World existence: they effectively put the western hemisphere on the map. Sigüenza made *literal maps*” (Ross 1993: 36; énfasis agregado).

Me interesa una lectura desde esta perspectiva, planteando cómo semejante ejercicio mimético –en especial, en lo referido a los lugares geográficos propuestos en el texto, pero también en lo que atañe a las convenciones genéricas escogidas– está condicionado por las relaciones de poder entre las colonias y la metrópolis. Tales relaciones alcanzan a todas las instituciones coloniales, siendo una de ellas –quizás la principal– la práctica literaria. Esta última, en tanto se manifiesta como una actividad capaz de penetrar en la superficie de las relaciones coloniales y desentrañar los intersticios del poder en el acto mismo de enunciarlos, se presenta como el ámbito ideal para hacer trastabillar, de manera subrepticia, las condiciones coloniales. Al mismo tiempo, muestra el lugar asignado al intelectual criollo, avezado utilizador de la ciudad letrada.³

¹ La obra lleva por título: *Infortunios que Alonso Ramírez, natural de la ciudad de S. Juan de Puerto Rico padeció, así en poder de ingleses piratas que lo apresaron en las Islas Filipinas como navegando por sí solo, y sin derrota, hasta varar en la costa de Yucatán: consiguiendo por este medio dar vuelta al mundo. Describelos D. Carlos de Sigüenza y Góngora, Cosmógrafo y Catedrático de Matemáticas del Rey N. Señor en la Academia Mexicana. Con licencia en México por los herederos de la viuda de Bernardo Calderón: en la calle de s. Agustín. Año de 1690.*

² Ángel Rama, al analizar la concepción de la metrópolis peninsular como tal y en relación con sus colonias, hace hincapié en la idea de periferia: “Si, como asientan provocativamente los Stein, España ya estaba en decadencia cuando el descubrimiento de América en 1492 y por lo tanto económicamente Madrid constituía la periferia de las metrópolis europeas, las ciudades americanas constituyeron la periferia de una periferia. Difícil imaginar más enrarecida situación, en que un vasto conjunto urbano se ordena como un expansivo racimo a partir de un punto extracontinental que reúne todo el poder, aunque aparentemente lo ejerza por delegación al servicio de otro poder” (Rama 1998: 28).

³ “En el centro de toda ciudad, según diversos grados que alcanzaban su plenitud en las capitales virreinales, hubo una *ciudad letrada* que componía el anillo protector del poder y el ejecutor de sus órdenes:

En *The Baroque Narrative of Carlos de Sigüenza y Góngora*, Kathleen Ross analiza el Barroco criollo, o “Barroco de Indias”⁴ en un contexto fuertemente ligado no sólo a cuestiones estéticas, sino también a políticas coloniales: el Barroco americano no sería sólo un ejercicio de imitación del estilo metropolitano, sino una expresión de la dominación colonial. Si seguimos por este camino, estaríamos entonces ante una suerte de espacio de resistencia que vehicularía un tipo de diálogo intelectual e intertextual sostenido intempestivamente entre los criollos y los metropolitanos, en el cual la apropiación del modelo y del estilo se da en condiciones particularísimas: el criollo subvierte los modelos imitándolos, los imita torciéndolos y, volviéndolos a torcer, los resiste, al tiempo que los hace resistir mostrando los límites mismos de tales modelos. Si el Barroco histórico español surgía de un momento determinado de las condiciones sociohistóricas metropolitanas⁵ y se extendía a todas las manifestaciones culturales (Maravall 1983), el Barroco de Indias será fruto de estas dinámicas y fuerzas puestas en acción en relación a una situación de dominación.

En estas relaciones de poder hay siempre un punto de fuga por el cual escaparse de manera furtiva pero temporal, de resistencia, en el cual, a la manera de Calibán –quien aprende y utiliza la lengua del amo para insultarlo, enrostrándole su condición de subyugado– se utilizan los modelos hegemónicos, precisamente, para desnudar las estrategias de dominación. Por medio de la ironía a veces se muestran situaciones que sólo pueden ser encaradas desde estos puntos de vista: elidiendo ligeramente el objeto a criticar, camuflándolo o parodiándolo, suerte de actos performativos o de obediencia simulada por medio de los cuales el sujeto colonial es capaz de burlar a su contraparte metropolitana. De ese modo se produce una sutil y tácita resistencia a la subordinación,⁶ resistencia por demás efectiva ya que subvierte los modelos coloniales sin anularlos. Sigüenza y

una pléyade de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores y múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma, estaban estrechamente asociados a las funciones del poder y componían lo que Georg Friederici ha visto como un país modelo de funcionariado y burocracia” (Rama 1998: 32).

⁴ Debemos la denominación “Barroco de Indias” a Mariano Picón-Salas, quien en su libro *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana* lo define en función a una serie de “nuevas metamorfosis, debido al aditamento de un medio más primitivo, a la influencia híbrida que en la obra cultural produce el choque de razas y la acción violenta del trasplante” (Picón-Salas 1982: 122). Más adelante, insistirá en la cuestión del trasplante del Barroco español a las tierras americanas, siendo esta suerte de adaptación lo que le otorgaría un alto grado de especificidad: “Al tono general de su cultura que nos imponía la metrópolis, el medio americano agrega todas las complejidades que surgen del trasplante. Privilegio de una minoría letrada y ausente de la comprensión de las masas indígenas o mestizas, el trabajo intelectual tiene en las colonias un carácter exclusivamente críptico. Lo bizarro y lo peregrino sirven a este juego, a la vez cortésano y erudito, que entretiene los ocios de la minoría. Asentada ya la vida en las capitales de los virreinos, cerrado el ciclo épico de la Conquista, se superponen sobre la inmensidad semibárbara del medio americano estas formas de complejo refinamiento” (Picón-Salas 1982: 131).

⁵ Para Antonio Maravall (1983), el Barroco se concibe no como un concepto de estilo, sino de época, la “cultura barroca”, que ubica a grandes rasgos desde 1600 hasta 1680 y se manifiesta principalmente en áreas metropolitanas, coincidiendo con manifestaciones de poder absolutista. Esta “cultura del Barroco” da origen a un nuevo hombre, producto de condiciones sociales que determinan una cultura fuertemente dirigida, masiva, urbana, y a la vez conservadora y moderna.

⁶ “[P]erformative acts of simulated obedience, as colonial subjects bow in mock-deference to their metropolitan ‘masters’, tacitly resisting subordination by appearing to embrace it” (Huggam 1997-1998: 96).

Góngora reinventa y reutiliza tales modelos a la hora de pensar un discurso cultural original, producto de un sector social activo en la definición de una etapa “protonacional” en el Nuevo Mundo (Moraña 1990).

Viaje y novela picaresca: dos géneros pervertidos

Claudio Guillén, en su conocido ensayo “Toward a Definition of the Picaresque”, enuncia la necesidad de una distinción entre el género picaresco –que no define fehacientemente, pero menciona la idea de “género” en tanto que punto de partida y base de ciertos principios compositivos– y novelas consideradas picarescas en un sentido amplio. *Infortunios de Alonso Ramírez*⁷ bien podría ser clasificado en esta última categoría –si sostenemos de alguna manera su literariedad– en tanto que se pone en juego la relevancia que tenía el género para el lector del siglo XVII (su legibilidad y condiciones de recepción), y también en función de algunas de las características con que ilustra la figura del “pícaro” y que pueden ser utilizadas a la hora de hablar de Alonso.

Como toda novela picaresca que se precie de tal, *Infortunios de Alonso Ramírez* comienza con la genealogía del pícaro:

Llamóse mi padre Lucas de Villa-nueva, y aunque ignoro el lugar de su nacimiento, constame porque varias veces se le oía, que era andaluz, y sé muy bien haber nacido mi madre en la misma ciudad de Puerto Rico, y es su nombre Ana Ramírez, a cuya cristiandad le debí en mi niñez lo que los pobres sólo pueden dar a sus hijos, que son consejos para inclinarlos a la virtud (Sigüenza y Góngora 1990: 96).

El protagonista de la narración picaresca suele ser hijo de madre soltera, abandonada por el padre, o prostituta. La figura paterna es pasible de identificarse con la relación ambigua entre el pícaro y el Estado. En estas narraciones, el padre es una ausencia notable, y suele carecer de un oficio más o menos rentable que pueda heredar al hijo. Raquel Chang-Rodríguez nota que el linaje de Alonso Ramírez es una “parodia” de la ascendencia del pícaro: no sólo conocemos a la madre y al padre, sino que este último parece tener cierto grado de participación en la vida familiar y en la formación del joven Alonso dotándolo incluso de un oficio con que ganarse la vida, aunque utilice el apellido materno. Estelle Irizarry analiza este hecho a partir de la presuposición de que el padre de

⁷ Resulta complejo –o al menos hay una larga tradición crítica al respecto– decidir si *Infortunios de Alonso Ramírez* es un texto histórico o literario, aunque posea características de ambos. Castagnino afirma que “los autores de las más tempranas tentativas prefieren mantenerse en la zona equívoca de la crónica y no avanzar decididamente hacia la creación literaria propiamente dicha” (Castagnino 1971: 91), definiendo el texto como una “semi-crónica y semi-novela” (92). Margarita Zamora (1987) se pregunta al respecto en qué consiste la calidad literaria o histórica de un texto colonial, y si hay alguna posibilidad de definir *a priori* tales cualidades de manera casi esencialista u ontológica. Si fuera solamente un texto literario, estaríamos frente a la primer novela escrita en el continente americano. Si, en cambio, fuera eminentemente un texto histórico, podríamos leerlo como uno de los primeros discursos testimoniales que recogen una voz criolla. Prefiero leerlo como un texto híbrido, producto del campo de fuerzas colonial donde tanto los elementos históricos como literarios juegan un papel importantísimo y decisivo a la hora de su composición y condiciones de producción.

Alonso fuera judío converso, ya que su apellido, Villanueva, solía ser un apellido frecuente entre los conversos pasados al Nuevo Mundo. Apoya esta hipótesis en el hecho de que Alonso se aleje del hogar a los trece años, edad en la cual los “marranos” solían iniciar a sus hijos en los secretos del culto. Si esto es así, propone Irizarry, Alonso podría no haber aceptado su origen y destino converso y decide “hurtarle el cuerpo a mi misma patria para buscar en las ajenas más conveniencia” (Irizarry 1990: 96). Por otra parte, también contempla la posibilidad de que Alonso sea hijo ilegítimo, para lo cual arroja una serie de datos estadísticos e históricos respecto del número de casamientos oficiados en Puerto Rico en el período que nos ocupa. En cuanto a los parientes maternos, Alonso hace mención de D. Luis Ramírez, regidor en la ciudad de Oaxaca, en quien deposita esperanzas de medro, aunque es muy mal recibido por éste y se ve forzado a continuar su camino por sus propios medios.

Siguiendo con los datos biográficos que éste aporta a lo largo de su relato, Alonso contrae matrimonio y enviuda a los nueve meses:

Hallé en mi esposa mucha virtud, y merecí en mi asistencia cariñoso amor, pero fue esta dicha como soñada, teniendo solos once meses de duración, puesto que en el primer parto le faltó la vida. Quedé casi sin ella a tan no esperado y sensible golpe, y *para errarlo todo* me volví a Puebla. Acomodéme por oficial de Esteban Gutiérrez, maestro de carpinteros; y sustentándose el tal mi maestro con escasez cómo lo pasaría el pobre de su oficial. *Desesperé entonces de poder hacer algo, y hallándome en el tribunal de mi propia conciencia no sólo acusado, sino convencido de inútil, quise darme por pena este delito*, la que se da en México a los que son delincentes, que es enviarlos desterrados a las Filipinas (Sigüenza y Góngora 1990: 99 ss.; énfasis añadido).

Roberto González Echevarría (1998) menciona que sólo dos actos ligan al pícaro al Estado: el nacimiento y el matrimonio. Ambos representan la fuerza de la ley, de la “legalidad” de las acciones del pícaro. Resulta notable que casi todos los pícaros se casan con el fin de “medrar” socialmente. Así, por ejemplo, Lazarillo se casa con la amancebada del cura, Pablos intenta casarse con la hija de un hidalgo, fracasando este último y permaneciendo por fuera de las normas sociales. El matrimonio se piensa desde la perspectiva de una vuelta del pícaro al seno del Estado un intento de reformarse, de reincorporarse a la sociedad.

Alonso Ramírez, en cambio, irónicamente, no sólo se aleja de la ley, sino que también da comienzo a su “peregrinación” por las afueras del imperio. No olvidemos que en el título mismo está contenida la idea del vagabundear, del andar “sin derrota”,⁸ aunque la ruta, la derrota, el gesto mismo de viajar, es la ruta propuesta por el poder imperial, pero que traza, de manera irónica, una nueva metrópolis. Ante la pregunta de por qué se autoexilia Alonso, podemos ensayar un par de respuestas: el exilio es el lugar fuera de la ley y del Estado. El destierro se autoaplica como castigo a la improductividad (“convencido de inútil”) y entiende casi imposible su subsistencia ya que ni su maestro puede hacerlo, y ha enviudado, por lo que se ve imposibilitado, incluso a producir nuevos ciudadanos.

⁸ Repito un fragmento del título extendido de la obra: “como navegando por sí solo, y sin derrota, hasta varar en la costa de Yucatán”.

El pícaro es, en parte, un vagabundo.⁹ Su errancia lo lleva por distintos escenarios y situaciones que sirven a su crecimiento, tanto como personaje, como para la gradual adquisición del medro, “objetivo” final de su vagabundear. Este salir al mundo está ligado a un momento decisivo en su vida. En el caso de Alonso, está dado por su viudez y su deseo de autocastigarse en tanto que no produce nada, ni dinero, ni ciudadanos. Por otro lado, el pícaro no puede ser pensado como un héroe independientemente de las condiciones sociales en las que actúa o que lo conducen a actuar de determinada manera. La acción picaresca –tal como la define Claudio Guillén (1971)– está basada en una situación o cadena de situaciones que llevan al personaje a diferentes aventuras. El héroe de la novela picaresca deviene tal a partir de las lecciones que saca de sus aventuras y un conflicto gradual entre su condición como individuo y el ambiente en el que se mueve.

Alonso cambia de amo frecuentemente. En la novela picaresca cada cambio de amo trae aparejado tanto las etapas de la educación del pícaro, como un nivel de medro. Maravall (1976) define tres modos de medro: en salud¹⁰, en hacienda y en costumbres. Podríamos agregar también un nivel del medro que tiene que ver con la formación interior e intelectual del personaje. Con cada cambio de amo, el pícaro sale con un bagaje de conocimientos del que carecería de otro modo, ya que la novela picaresca es una de las formas del *Bildungsroman*. Por caso, Alonso deviene en avieso mariner.

Si para Guillén una de las circunstancias particulares del pícaro será su condición de “unfortunate traveler”, a esto agregará la noción de “half outsider”, ya que una vez aceptada su suerte, el personaje “live[s] on the razor’s edge between vagabondage and delinquency” (1971: 80). Alonso, a diferencia del pícaro tradicional, no se codea con individuos capaces de enseñarle modos de ascenso social, o al menos darle las herramientas necesarias para fingirlo, sino que cada uno de los episodios por los que transita no harán más que rodearlo de seres más allá de toda salvación posible en términos estamentales y estatales, seres que permanecen por fuera de las contenciones de la ley y del imperio (los compañeros de Alonso serán nada menos que piratas).

En este sentido, parafraseando a Raúl Castagnino (1971), el camino del medro¹¹ sería, para nuestro pícaro, inverso. Sobre el final de la obra, Alonso intentará reintegrarse a la sociedad, salvarse volviendo al lugar desde donde inició sus aventuras, es decir, de alguna manera, al nuevo centro imperial recién delineado, como demostraré más adelan-

⁹ Según Claudio Guillén (1971), compartiría algunas características con el bufón (“jester”) y el desposeído, aunque no sería plenamente ninguno de éstos.

¹⁰ Respecto del medro en salud, bien podríamos referirnos al irónico episodio del purgativo ocurrido durante su estancia con los piratas ingleses: “No pudiendo asistir mi compañero Juan de Casas a la distribución del continuo trabajo que nos rendía, atribuyéndolo el capitán Bel a la que llamara flojera, dijo que él lo curaría, y por modo fácil (perdóneme la decencia y el respeto que se debe a quien esto lee que lo refiera); redujose éste a hacerle beber, desleídos en agua, los excrementos del mismo capitán, teniendo puesto un cuchillo al cuello para acelerarle la muerte si le repugnase, y como a tan no oída medicina se siguiesen grandes vómitos, que le causó el asco, y con que accidentalmente recuperó la salud, desde luego nos la recetó, con aplauso de todos, para cuando nuestras desdichas adoleciésemos” (Sigüenza y Góngora 1990: 123). Para Guillén es importante que el pícaro mantenga cierto sentido del humor, un tanto estoico, es cierto, pero que le sirva como mecanismo de defensa: “He [el pícaro] is not all *picardía* – the slyness of the trickster who lives on his wits, just short of delinquency if possibly he can. Guile and wile are only his offensive weapons. A stoical good humor is his defensive one” (Guillén 1971: 76).

¹¹ Guillén (1971) nota que el pícaro se mueve horizontalmente en el espacio, pero atraviesa verticalmente la sociedad en su vía al medro.

te. De esa manera, con la vuelta a la Ciudad de México, se cerraría el círculo de aventuras de Alonso, su modo de integrarse a la sociedad y al circuito colonial, volviendo a esta metrópolis establecida en función de esta nueva periferia por la cual vagabundó.

Sin embargo, vuelve aparentemente sin medrar, ya que en el camino ha perdido casi todo lo que ha ganado: el esclavo, la nave, los pertrechos, y aun así, se considera “salvado”. Esta supuesta falta de medro no lo es tal, ya que se (re)inserta en la economía de la Nueva España patrocinado ni más ni menos que por el virrey, precisamente a causa de sus penas y dotado de cierta fama que gana de la pluma de Sigüenza y Góngora. En otras palabras, podemos hablar de una pérdida en el sentido inmediatamente económico (pérdida del esclavo, nave, etc.), pero habría una ganancia simbólica conferida por el relato y las mercedes que a futuro le rendirá. Podemos dar por sentado que consiguió las lástimas que solicitaba en tanto que sus aventuras logran un grado de institucionalización a través de la literatura, “labradas en el pedernal el buril” (Sigüenza y Góngora 1990: 92), como se afirma en la censura. Si el relato es servicio, su publicación es la recompensa.

Nuestro personaje vuelve al lugar de donde salió. Si bien originalmente sale de Puerto Rico acuciado por el hambre, inicia lo que podríamos llamar su aventura picaresca a partir de su autoexilio, que comienza en la capital de la Nueva España. Por lo tanto, hay una vuelta al origen ligeramente corrida, como una suerte de movimiento en espiral, y no del todo circular. Este gesto de Sigüenza y Góngora nos permite pensar en la narración de Alonso como un continuo entrar y salir. La vuelta a México es sumamente significativa en función de lo que intento demostrar. En otras palabras, volver a México, que el pícaro se “salve” en México y no en Puerto Rico, de donde sale originariamente, tiene que ver con este reposicionamiento del Nuevo Mundo en los *literal maps* de Sigüenza.

En el recorrido geográfico que realiza Alonso Ramírez se evidencian algunos elementos que nos llevan a pensar en cierta “epistemología geográfica” (Lowenthal 1961). Para David Lowenthal, la idea de “epistemología geográfica” está ligada a la percepción del mundo, esto es, a cómo el mundo es percibido desde nuestra propia imagen geométrica y enmarcado por un discurso de corte geográfico (espacial, si se quiere). Es decir, una imagen compartida del mundo, más cierta experiencia individual y colectiva del mismo. “The most direct and simple experience of the world is a composite of perception, memory, logic, and faith” (Lowenthal 1961: 251). Para Sigüenza y Góngora, en cambio, la idea de epistemología geográfica se ligaría a cierta manera de *representar* el mundo por medio de una geografía de apropiación, esto es, a través de una torsión que modifique levemente el mapa, que cambie, al menos momentáneamente, el centro geográfico y permita un desplazamiento no canónico en los recorridos propuestos. Gracias a estos ligeros movimientos propuestos por el letrado criollo, México adquiere una tradición compleja que completa las raíces indígenas con elementos mestizos, hispánicos, a la vez que comienza a ser considerado un lugar apto para el surgimiento de cierto discurso literario.¹² Esto es, el personaje literario nace y se desarrolla como tal en las colonias, no ve los territorios ultramarinos como un horizonte “utópico” donde medrar un poco más,

¹² El ejemplo más notable de esta nueva posición de la Ciudad de México es sin duda *Grandeza mexicana*, de Bernardo de Balbuena, quien en 1604 comienza a hacer notar las bondades de esta ciudad. Sin embargo, el caso de Sigüenza y Góngora es más emblemático, ya que, a diferencia de Balbuena, quien era un sacerdote español, se trata de un letrado criollo.

como en el caso del protagonista de *La vida del Buscón llamado don Pablos*,¹³ tratándose de un personaje, o como Cervantes —a quien le negaron varias veces el permiso necesario para pasar a las Indias— e incluso Mateo Alemán, quien efectivamente vivió varios años en México.

El motivo del viaje

La epistemología geográfica de la que habla David Lowenthal tendrá su correlato textual en la elección del género literatura de viajes. La narración misma de las andanzas de Alonso Ramírez será parte de cierta torsión, de desplazamientos que se dan en ámbitos coloniales. La estrategia elegida por Sigüenza a la hora de re-presentar (en el sentido de re-situar) la colonia respecto de la metrópolis, suerte de metropolización de la colonia, es el relato de viaje. El viaje, en este tipo de situaciones coloniales, se puede pensar como elemento burocrático que utiliza el Estado para pensar(se) y mostrarse a sí mismo. El relato del viaje en tanto relato imperial, disimula detrás de una narración escopofílica en primera instancia, a la vez que desnuda objetivos de dominación. Miramos, narramos y describimos para poseer. Por medio del viaje puede el viajero salir y entrar intermitentemente de/en sus propios y apropiados circuitos, sus propios y apropiados recorridos, alejarse, tomar distancia, perspectivizar desde la lejanía la visión de su patria, y así criticarla.

Mary Louise Pratt analiza la escritura ligada al viaje (“travel writing”) como una de las maneras en que se puede producir una suerte de “‘rest of the world’ for European readerships” (Pratt 2007: 5), con el objeto de crear cierto “domestic subject of Euroimperialism” (4). Propone la existencia de ciertas zonas de contacto entre los mundos (leídos, escritos, viajados) que relaciona con la frontera colonial. Esta frontera es, precisamente, el lugar donde se produce el contacto entre las culturas, en el cual se establecen relaciones de copresencia, interacción e intercambios y resulta del todo importante para instaurar la idea de periferia. Esto es, es la función misma de la metrópolis (el centro), determinar su propia periferia (el “afuera”), representarla y apropiársela en una relación de poder asimétrica. Para ello es necesario expandir el mapa, llenar los espacios en blanco del mismo, o, de otro modo, *escribir* el viaje: hacer una carta en el doble sentido, mapa y relación. Se construye un mundo a través del viaje, se muestra y señala un lugar que permanecía deshabitado. La escritura se concibe, entonces, en tanto creación. En otras palabras, el ojo del viajero, las palabras del letrado, dan cuenta del relato del mundo: el ojo comanda lo que cae en su órbita, el mundo “se abre” a la lectura y el “paisaje” se piensa como un “panoptic apparatus of the bureaucratic state” (Pratt 2007: 78).

Sigüenza y Góngora, a través del relato, esboza una geografía poscolonial que servirá tanto para limitar como para imitar un imperio. Utilizará esta noción de “epistemología geográfica” para plantear las relaciones de poder entre las colonias y la metrópolis.

¹³ “[...] determiné, consultando primero con la Grajal, de pasarme a Indias con ella a ver si, mudando mundo y tierra, mejoraría mi suerte. Y fueme peor, como V. Md. verá en la segunda parte, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres” (Quevedo y Villegas 2001: 180). La segunda parte de *La vida del Buscón* nunca se publica, así que no nos ha sido dado saber cómo empeoró la suerte de Pablos.

Como geógrafo y cartógrafo¹⁴, y en función de su calidad de intelectual criollo, está en condiciones de trazar estos nuevos mapas conceptuales a partir de los cuales perfilar un recorrido geográfico y cultural a través de la colonia y sus periferias. La Ciudad de México se metropolizará y se convertirá en el nuevo centro del mapa de Sigüenza, en tanto que las islas Filipinas, lugar de exilio de Alonso Ramírez, serán su nueva periferia: en un breve movimiento narrativo se cambia el orden colonial estableciendo un nuevo centro de poder que necesariamente conllevará un borde, un contorno que llega hasta las islas del exilio.

Veamos los pasos iniciales en el recorrido de las aventuras de nuestro protagonista. Recién salido de la ciudad que lo vio nacer, el primer destino de Alonso Ramírez será Puebla de los Ángeles, y la describe contrastándola con la pobreza de San Juan de Puerto Rico:

Dicen los que la habitan ser aquella ciudad inmediata a México en la amplitud que coge, en el desembarazo de sus calles, en la magnificencia de sus templos y en cuantas otras cosas hay que la asemejen a aquélla; y ofreciéndoseme (por lo haber visto hasta entonces otra mayor) que en ciudad tan grande me sería muy fácil conseguir conveniencia grande, determiné, sin más discurso que éste, el quedarme en ella (Sigüenza y Góngora 1990: 97).

Sin embargo, no se queda en Puebla. Acuciado por el hambre, al igual que en su tierra natal, decide pasar a México en espera de mejor futuro. Las grandezas de la capital novohispana no son enunciadas una a una, sino de un modo indirecto:

Lástima es grande el que no corran por el mundo grabadas a punta de diamante en láminas de oro las grandezas magníficas de tan soberbia ciudad. Borróse de mi memoria lo que de la Puebla aprendí como grande desde que pisé la calzada, en que por la parte de mediodía (a pesar de la gran laguna sobre que está fundada) se franquea a los forasteros. Y siendo uno de los primeros elogios de esta metrópoli la magnanimidad de los que la habitan, a que ayuda la abundancia de cuanto se necesita para pasar la vida con descanso, que en ella se halla, atribuyo a fatalidad de mi estrella haber sido necesario ejercitar mi oficio para sustentarme (Sigüenza y Góngora 1990: 97 ss.).

Sigüenza y Góngora hablará de la ciudad, pero también de sus magnánimos habitantes, y manifestará el deseo del ocio para disfrutar de la vida agradable que propone en su

¹⁴ Su conocida labor como cartógrafo y geógrafo lo lleva a ser nombrado en 1692 geógrafo oficial de la colonia por Carlos II. En 1691 prepara el primer mapa de Nueva España y fue responsable del trazado del primer mapa hidrográfico del valle de México. En la dedicatoria de *Infortunios* a Gaspar de Sandoval, el mismo Sigüenza se presenta como tal: “[...] consagro a las aras de la benignidad de V. Exa. esta peregrinación lastimosa, confiado desde luego, por lo que me toca, que en la crisis altísima que sabe hacer con espanto mío de la hidrografía y geografía del mundo, tendrá patrocinio y merecimiento, etc.” (Sigüenza y Góngora 1990: 90). El censor de la obra, D. Francisco de Ayerra, hace hincapié en su condición y calidad cuando dice: “No es nuevo en las exquisitas noticias y laboriosas fatigas del autor lograr con dichas cuanto comprende con diligencias; y como en las tablas de la geografía e hidrografía tiene tanto caudal adquirido, no admiro que saliese tan consumado lo que con estos principios se llevaba de antemano medio hecho” (Sigüenza y Góngora 1990: 92). La pericia de nuestro letrado queda manifiesta en numerosos pasajes del relato, en especial en los comentarios sumamente técnicos con que inicia el capítulo dos, haciendo referencia a los vientos, latitudes y longitudes, distancias, forma de la tierra, navegación indicada, etc.

carácter de urbe. Esta descripción solapada servirá para situar a México como una nueva metrópolis.

El constante tránsito de Alonso Ramírez es útil al letrado para criticar la sociedad virreinal: pasa por distintas situaciones, desde el matrimonio con doña María del Poblete hasta su condición de esclavo de los piratas ingleses, conoce diferentes personas, etc., y, a la vez, repercute en la idea de identidad social e individual. Así, la ciudad se definirá en primer lugar como el sitio de la ley, el lugar donde se hace la ley –no donde se aplica– y la periferia, como el lugar del castigo. Asimismo, se piensa la ciudad como el lugar del oficio, del hambre y del miedo, pero también como el lugar del ocio.

Sigüenza y Góngora intentará reinventar geográficamente el imperio, o al menos, resituar los centros y puntos de interés, pero se encuentra ante un problema básico: el criollo, en tanto que sujeto colonial, carece de la autoridad discursiva para hacerlo. Sin embargo, pergeña una estrategia que podríamos llamar “retórica”: invierte la asimetría colonial al representar una nueva metrópolis, la Ciudad de México, y establecer(le) una periferia acorde. De hecho, esta periferia adquiere cierto “valor” y se convierte en lugar “rentable” cuando los piratas deciden actuar por esas latitudes: “imposibilitados de poder robar las costas de Perú y Chile, que era su intento [...] determinaron valerse de lo andado pasando a robar a la India, que era más pingüe” (Sigüenza y Góngora 1990: 108).

Si en las narraciones de viaje tradicionales¹⁵ es el español el que muestra/representa al otro, aquí, el otro (se) muestra a sí mismo en un espejo distorsionado y de ese modo es capaz de dar un punto de vista “nativo” para criticar a Europa. Pratt cita acertadamente a Peter Hulme al proponer “some way towards recognizing a native point of view and offering a critique of European behavior, but can only do this by not addressing the central issue” (Pratt 2007: 100). El letrado novohispano comprende este dispositivo retórico y pone en boca de Alonso Ramírez reproches al comportamiento de los holandeses y portugueses que bien se pueden leer como críticas al sistema colonial:

Estuve en Madrastapatan, antiguamente Calamina o Meliapor [...], ciudad grande, cuando la poseían los portugueses, hoy un monte en ruinas a violencia de los estragos que en ella hicieron los franceses y holandeses por poseerla. [...] Estuve en Malaca, llave de toda la India y sus comercios por el lugar que tiene en el estrecho de Sincapura, y a cuyo gobernador pagan anclaje cuantos navegan. Son dueños de ella y de otras muchas los holandeses, debajo de cuyo yugo gimen los desvalidos católicos que allí han quedado, a quienes no se permite el uso de la religión verdadera (Sigüenza y Góngora 1990: 103 ss.).

Más adelante relatará una “entrada” de los piratas en una población como otra crítica soterrada a la conquista, ya que subrepticamente provocará una analogía entre el accionar de los ingleses con el de los españoles y sus relaciones con los indios:

Armadas las piraguas con suficientes hombres, fueron a tierra y hallaron los esperaban los moradores de ella sin repugnancia; propusieronles no querían más que proveerse allí de lo necesario, dándoles lado a sus navíos, y rescatarles también frutos de la tierra, por lo que les faltaba. O de miedo, o por otros motivos que yo no supe, asintieron a ellos los pobres bárba-

¹⁵ Pienso en relatos como el *Diario de a bordo* de Colón, las *Cartas de relación* de Cortés, las “Cartas” de Vesputio, el viaje alrededor del mundo de Pigaffeta, etc.

ros; recibían ropa de la que traían hurtada, y correspondían con brea, grasa y carne salada de tortuga y con otras cosas.¹⁶ Debe ser la falta que hay de abrigo en aquella isla, o el deseo que tienen de lo que en otras partes se hace en extremo mucho, pues les forzaba la desnudez o la curiosidad (Sigüenza y Góngora 1990: 109).

Sigüenza y Góngora hará su crítica más explícita al relatar las atrocidades que cometieron los ingleses al abandonar la tierra que tan “generosamente” los había acogido: pasaron a cuchillo a las mujeres embarazadas, asesinaron a los hombres, prendieron fuego al pueblo, arrasaron con todo lo que podían destruir. Otro ejemplo de este ejercicio retórico de crítica subvertida se puede leer en el episodio en el cual, una vez a cargo de su propia nave, avistan

una canoa de mucho porte. Asegurándonos la vela que traían (que reconoció ser de petate o estera que todo es uno), no ser piratas ingleses como se presumió, me propuso Juan González el que les embistiésemos y los apresásemos. Era el motivo que para cohonestarlo se le ofreció el que eran indios gentiles de las sierras los que en ella iban, y que llevándolos al cura de su pueblo para que los catequizase, como cada día lo hacía con nosotros, le haríamos con ello un estimable obsequio (Sigüenza y Góngora 1990: 142).

Podemos advertir aquí una crítica a la idea de “guerra justa”, argumento por el cual, al esgrimir la necesidad de evangelización, se aseguraban la provisión de esclavos y derecho a guerrear. Finalmente, acusa a los piratas de antropofagia, del mismo modo que tal acusación pesó sobre algunos españoles abandonados, fuera de ley y concierto.¹⁷ Alonso Ramírez se “salva” gracias a su condición de criollo, que lo aleja de la barbarie demostrada por los ingleses y por Miguel, el español crudelísimo que traiciona a su patria pillando con los piratas. Deja bien explicitado el hecho de ser criollo desde el principio de sus infortunios, cuando establece su linaje y decide tomar el apellido y herencia maternos en detrimento de su padre español, lo que incluye también a los parientes con influencias.

Por medio del desplazamiento geográfico, y aquí reside la inteligencia del letrado, vemos cómo se presenta el relato de un viaje por los bordes (del género narrativo, de la metrópolis) cargado de infortunios, donde el imperio se muestra a sí mismo en toda su extensión y poderío. Está en manos de Sigüenza y Góngora decidir qué mostrar, y cómo, cuáles serán los puntos a destacar, las periferias y los centros, cuál es el punto importante de estos mapas conceptuales e imperiales dibujados desde el otro lado. La pregunta surge, entonces, acerca de qué poder y qué Estado es el que se está glorificando, cuál es el centro del mapa, cuáles sus periferias, dónde está la gloria imperial según el letrado criollo. La narración del viajero nos permite analizar la idea de imperio que se promueve en tanto que estrategia retórica: ¿cuál es el centro que se quiere imponer a través del relato? ¿Se puede hacer tal cosa? ¿Con qué propósito? Si el viaje es capaz de (de)limitar un

¹⁶ La referencia a los “intercambios” de baratijas y oro entre españoles e indios es bastante obvia.

¹⁷ El caso más resonante quizás de canibalismo lo narra Álvaro Núñez Cabeza de Vaca en sus *Naufragios*: “Cinco cristianos que estaban en el rancho en la costa llegaron, a tal extremo, que se comieron unos a otros, hasta que quedó uno solo, que por ser solo no hubo quien lo comiese. [...] De este caso se alteraron tanto los indios, y hubo entre ellos tan gran escándalo, que sin duda si al principio ellos lo vieran, los mataran” (Núñez Cabeza de Vaca 2003: 125).

imperio, entonces, la capacidad retórica del mismo será la que se ponga en juego a la hora de demostrar su efectividad.

Usos y reappropriaciones del género “literatura de viaje”

Sigüenza y Góngora conoce perfectamente las características del género “literatura de viajes”, al igual que las de la novela de tipo picaresca, y es por eso que se permite cierto grado de transgresión muy complejo de las mismas que le permite criticar aquello que pretende evidenciar. Manipulando el género, desplazando sus motivos, reubicando sus personajes, se lo sitúa en un espacio de resistencia creado por el texto mismo, reappropriándose desde el discurso desde su misma condición de criollo. Se convierte en

el discurso crítico, reconstructor y reivindicativo de la intelectualidad virreinal, que actualiza los modelos canónicos y los reinventa al utilizarlos en la inauguración de un discurso cultural original, producido por un sector social definitorio en la etapa protonacional del Nuevo Mundo (Moraña 1990: 109).

Podemos leer la intervención (textual, genérica y hasta geográfica si se quiere) del letrado criollo apelando a la noción de *mimicry* conceptualizada por el crítico hindú Homi Bhabha. Para lograr efectividad, la *mimicry* debe producir un permanente exceso, mostrar camufladamente la diferencia¹⁸ y la subrepticia inapropiación tanto del sujeto colonial como de los modelos impuestos. Bhabha piensa estos intersticios del poder desde la ironía, la *mimicry* y la repetición –que no necesariamente es imitación– es decir, de qué manera estos tres elementos se conjugan a la hora de hacer tambalear, al menos temporalmente, el sistema desde el interior mismo del sistema. Para Bhabha, la *mimicry* es una de las estrategias más elusivas y efectivas del poder colonial, ya que

[t]he discourse of *mimicry* is constructed around an *ambivalence*; in order to be effective, *mimicry* must continually produce its slippage, its excess, its difference. The authority of that mode of colonial discourse that I have called *mimicry* is therefore stricken by an indeterminacy: *mimicry* emerges as the representation of a difference that is itself a process of disavowal. *Mimicry* is, thus, the sign of a double articulation; a complex strategy of reform, regulation, and discipline, which “appropriates” the Other as it visualizes power. *Mimicry* is also the sign of the inappropriate (Bhabha 1984: 126).

Resulta productivo pensar en el doble juego que se abre a partir de la idea de inapropiación de *mimicry*: por un lado, es inapropiada en el sentido de que no es correcto o

¹⁸ El camuflaje será uno de los elementos principales en la caracterización de la *mimicry* colonial de Bhabha, partiendo de las teorizaciones de Roger Caillois. No se trata de una armonización, represión o diferencia, advierte el crítico indio, sino de una forma de la *resemblance* que se diferencia a la vez que se defiende en tanto que se manifiesta metonímicamente, esto es, en partes. La idea de camuflaje y *resemblance* está ligada a la posibilidad de la *semejanza*, pero deja abierta la puerta de la diferencia: es parecido, pero no igual del todo, hay rasgos que permiten la diferenciación. La noción de camuflaje, entonces, resulta atractiva para pensar la figura del letrado criollo, personaje de características jánicas, mirando hacia la metrópolis pero también hacia la colonia, y en el cual es posible reconocer elementos de ambas.

adecuado, y por otro, es inapropiado porque no se puede apropiarse del todo. Así, la *mimicry* colonial no hace más que señalar que aquello que se quiere mimar no puede ser aprehendido por completo, sino por medio de una torsión, y convertirse en algo más, que no es del todo igual, sino “apenas semejante”.¹⁹

Para Bhabha, este tipo de *mimicry* colonial tendría dos caras: por un lado es “resemblance”²⁰, y por otro, amenaza velada (Caillois 1984). Recuerda los modelos a imitar, es decir, aún podemos reconocer aquello que se mima aunque esté ligeramente modificado, y al mismo tiempo, los amenaza, los asedia, los mina. Muestra los puntos ciegos operando estratégicamente en el interior de los modelos, actualizándolos al reinventarlos. De ese mismo modo, utilizando estos elementos miméticos no sólo se puede subvertir la agenda colonial, sino, como analiza Graham Huggam (1997-1998), gracias a procesos de adaptación intercultural, crear la propia. El letrado criollo juega en este terreno ambiguo y resbaloso de la *mimicry* colonial, minando, subvirtiendo, pervirtiendo los modelos no sólo para hablar de la metrópolis, sino que, hablando de la metrópolis, alude a la propia condición de colonizado: “In particular, the manipulation of the dominant code of baroque language by criollo writers is seen as a resistance to authority, the manner in which an emergent criollo consciousness is able to express itself despite the repression of the colonial state” (Ross 1993: 31).

Entonces, interesa pensar el concepto de mimesis en situación colonial como un arma retórica puesta en manos del letrado criollo, capaz de obtener cierto grado de agenciamiento al tiempo que desnuda y subvierte estructuras de dominación hegemónicas que le son impuestas. Será el encargado de corporizar la idea misma de “colonial difference” en tanto provoca y produce una representación deliberada de la semejanza que amenaza y modifica ligeramente –suficientemente– para el lector avieso el “original” metropolitano a la hora de mostrar los resquicios del poder imperial.

La mimesis, en estos términos, no sólo señala el lugar ambivalente del discurso colonial, sino que también mina su autoridad. La ciudad de las letras es proclive a disimular(se) en ambos lados de la relación de dominación, tanto del lado del dominante como del dominado. El letrado criollo, profundo conocedor de sus intersticios, será el indicado para manipular estos resortes a su favor. En este sentido, volver a pensar el término de “inapropiación” de la *mimicry* que propone Bhabha resulta productivo: una manera adecuada de apropiarse de un discurso ajeno sería hacerlo por medio de la transgresión soterrada: mostrar sin diluir, nombrar sin destruir, denunciar sin caer en la trampa de la eliminación de un factor decisivo para la transgresión misma.

¹⁹ “A difference that is almost the same, but not quite”, dice Bhabha (1984: 126). La semejanza es una de las formas de la “resemblance”, algo que nos recuerda por medio de determinados rasgos otra cosa distinta, pero semejante. En este sentido, también funcionaría la conocida tesis deleuziana de la repetición y la diferencia: en la repetición de lo mismo siempre hay un grado de diferencia, de anacronismo, de desemejanza, de interrupción. Hay entonces un intento de re-apropiación del modelo metropolitano, pero mediado por la voz del colonizado, del criollo.

²⁰ Dice Caillois: “[...] resemblance is therefore obtained by the sum of a certain number of small details, each of which has nothing exceptional about it and can be found insolated in neighboring species, but whose combination produces an extraordinary imitation. [...] It is *one combination like any other*, astonishing because of its resemblance to an object” (Caillois 1984: 23).

El pacto autobiográfico: utilización de la voz del otro

Por último, quiero analizar un elemento que, si bien está presente en las novelas picarescas, en *Infortunios de Alonso Ramírez* se da de una manera extrema, casi paródica. Me refiero a lo que Moraña denomina “la particular utilización del yo narrativo, que retuerce y extrema las posibilidades del ‘pacto autobiográfico’” (1990: 107). Si la novela picaresca es una pseudoautobiografía, el uso de la primera persona es algo más que un marco formal: “It means that not only are the hero and his actions picaresque, but everything *else* in the story is colored with the sensibility or filtered through the mind of the *pícaro* narrator” (Guillén 1971: 81), y es ahí, precisamente, donde se cuele la ironía finamente disimulada. “The picaresque novel is, quite simply, the confession of a liar” (Guillén 1971: 92), parte de un proceso de simulación, de aparente completud, en el cual el personaje va a dar cuenta de su vida entera, o, al menos, de sus desventuras, como en el caso de Alonso Ramírez, pero el relato mismo se elabora como máscara, como recorte de lo que se va a narrar. El pícaro es juez y parte, y su relato entero, la experiencia picaresca en sí.

El narrador se apropia de la historia de Alonso Ramírez y la re-produce, en tanto que se posiciona como productor del texto ficcional al mismo tiempo que escribiente de un relato que le ha llegado de manera oral. Conviene tener presente que Alonso narra numerosas veces su historia con el objeto de lograr lástima: lo hace ante el cura, el alcalde, el encomendero, el escribano, el sargento de Mérida, ante un público interesado en sus peripecias, ante el virrey y, finalmente, ante el mismo Sigüenza y Góngora. Éste último será el encargado de *fijar* el texto, de borrar las posibles marcas de la oralidad, darle su forma definitiva e institucional como texto literario sujeto a determinados modelos canónicos, como, por ejemplo, la literatura de viajes y la novela picaresca. Logra la concreción de un texto híbrido, complejo, en el cual es difícil discernir entre la historicidad y el carácter ficcional del relato, ya que tanto Sigüenza y Góngora como Alonso Ramírez son capaces de interactuar en el interior de la propia narración aludiendo al otro: Sigüenza, haciendo alusión a la supuesta “veracidad” de la historia y su carácter testimonial, y Alonso, remitiendo el texto al letrado y nombrándolo al final de su relato.

Asimismo, el narrador siempre se dirige a un interlocutor que permanece por fuera del texto, de carácter más elevado que el pícaro mismo, a quien ha de pedir mercedes utilizando para ello el relato. En este sentido, el afán de medro se ve trasladado al relato en sí, siendo él mismo el principal servicio y por consiguiente, primera prueba y oferta en función de lograr lo que se anhela:

Quiero que se entretenga el curioso lector que esto leyere por algunas horas, con las noticias de lo que a mí me causó tribulaciones de muerte por muchos años. Y aunque de sucesos, que sólo subsistieron en la idea de quien los finge, se suelen deducir máximas y aforismos, entre lo deleitable de la narración que entretiene y cultiven la razón de quien en ello se ocupa; no será esto lo que yo aquí intente sino solicitar lástimas, que aunque posteriores a mis trabajos, harán por lo menos tolerable su memoria trayéndolas a la compañía de las que me tenía a mí mismo cuando me aquejaban (Sigüenza y Góngora 1990: 95).

Hay por lo tanto un “reacomodamiento” de los hechos, una selección de lo que se ha de narrar de modo que “conmueva” al interlocutor, que lo mueva fuera de sí para “solicitar lástimas”, recibir favores, etc., medrar en suma. El relato, figuración de lo real, rela-

ción de los hechos, es el único servicio que se puede ofrecer (a la manera de las “relaciones de descubrimiento”) y que no necesariamente puede ser empíricamente verificable; por lo tanto, depende exclusivamente de la habilidad retórica del narrador a la hora de recibir mercedes. En otras palabras, hay una salida del texto, del nivel textual, remitida hacia el nivel pragmático.

En *Infortunios de Alonso Ramírez* estas salidas del texto se dan de manera particular: por un lado, Alonso Ramírez cuenta sus aventuras en primera persona, pero por otro, nos enteramos de que el mismo Alonso ha narrado sus aventuras a Sigüenza, quien efectivamente las ha (re)escrito. En este sentido, habría un fuerte gesto de apropiación de la voz del pícaro por parte del mismo Sigüenza²¹ (la oralidad se “afirmaría” en la letra escrita) que por momentos parece tener por objetivo el pedido (indirecto) de mercedes, una mediación del letrado y de la letra, que enfría un poco la espontaneidad testimonial (Moraña 1990).

Hay en el texto un doble discurso, una voz dual que pone en jaque a la escritura misma, un discurso en el cual se entrecruzan distintas intensiones. Si para Alonso la pluma de Sigüenza y Góngora es utilizada como instrumento de denuncia y desamparo, como analiza Moraña, para este último, la apropiación de la voz del subalterno será un modo seguro para expresar su inconformismo y sus méritos:

El texto de los *Infortunios* dramatiza la apropiación que hace Sigüenza y Góngora de las peripecias lastimosas de un individuo de baja ralea, la formalización de su historia según los lineamientos generales de la picaresca, y la postulación de esa historia como discurso criollo, es decir, como discurso de la marginalidad virreinal. Esa marginalidad se representa a través de las formas de conciencia social que corresponden al horizonte ideológico de la época, y apelando a los modelos expresivos entregados por la cultura dominante (Moraña 1990: 112).

La voz del narrador ha de ser la más sobresaliente. Promoverá una escenificación de la agencia criolla a través de la eficacia de la letra cuyo objetivo más profundo será minar la autoridad y la textualidad imperial a través del relato de viaje. Hay, efectivamente, una puesta en escena, una *performance* cultural, en la cual el narrador es capaz de pedir empatía con el lector. Dice, por ejemplo, “póngase en mi lugar” refiriéndose a un lector que es más complejo, ya que es el mismo lector dibujado desde la primera página aquel que ha de otorgarle las “lágrimas” que solicita. Y es también el narrador el que ha de pedir mercedes no sólo para sí mismo, sino también para el artífice del texto:

[Su Excelencia] Mandóme [...] fuese a visitar a D. Carlos de Sigüenza y Góngora, cosmógrafo y catedrático de matemáticas del Rey Nuestro Señor en la Academia Mexicana, y Capellán Mayor del Hospital Real del Amor de Dios de la ciudad de México (*títulos son éstos que sueñan mucho y valen muy poco, y a cuyo ejercicio le empeña más la reputación que la conveniencia*) (Sigüenza y Góngora 1990: 149; énfasis añadido).

²¹ Corremos el riesgo de imponer un análisis demasiado sofisticado a la obra, ya que también resulta plausible pensar en un movimiento genérico de parte del letrado de modo tal que sea este último el que convierta a su “personaje” en pícaro, y ahí hacer caber un elemento de ficcionalización en el texto quizás ajeno al relato de Alonso (suponiendo que Alonso Ramírez pudo ser un personaje histórico que narró sus aventuras a Sigüenza y Góngora).

En otras palabras, Sigüenza y Góngora es capaz de señalar los lugares vacíos de la dominación colonial, el lugar del mismo letrado, dar cuenta de un discurso criollo inconformista, y en el mismo movimiento muestra la relación de subalternidad de su propia posición. Todo esto mientras diseña una epistemología geográfica que funciona a la manera de crítica velada del imperio.

El propio Sigüenza y Góngora se ficcionaliza, construye su identidad como letrado criollo en tanto que disfraz, aunque un disfraz que (se) apunta a sí mismo, un disfraz que no oculta ni disfraza, sino que, precisamente, se encarga de mostrar al sujeto que debería disimular en un espacio sumamente teatralizado que está dado en el texto mismo: el relato es el teatro donde se desarrollan las aventuras de Alonso y las elucubraciones de Sigüenza. Se señala así un lugar que de otro modo permanecería sin marca, invisible. Se señala el lugar híbrido, de peligrosidad, de subversión que ocupa el letrado criollo, imposible de pensar desde una literatura metropolitana, desde las estructuras de poder. Es éste un espacio que sólo puede ser señalado, nombrado, pero nunca saturado. Ahí radica la esencia misma del barroco colonial, la denuncia, pero la subversión en su doble sentido, como subversivo pero también como versión otra, subordinada a un modelo hegemónico. Apunta una esencia que tiene que ver con el lugar riesgoso de la crítica que se hace desde el interior mismo del sistema. Es el ámbito de la crítica que critica utilizando, satirizando, pervirtiendo, desencantando, manipulando aquello que (de)denuncia al ser parte integral del objeto a criticar. En suma, es capaz de minar desde dentro la institución de la literatura y la función del letrado.

Bibliografía

- Alemán, Mateo (2002): *Guzmán de Alfarache*. Edición de José María Micó. 2 vols. Madrid: Cátedra.
- Anónimo (1992): *Lazarillo de Tormes*. Edición y notas de Francisco Rico. Barcelona: RBA Editores.
- Arrom, José Juan (1987): "Carlos de Sigüenza y Góngora. Relectura criolla de los 'Infortunios de Alonso Ramírez'". En: *Thesaurus* XVII, 1, pp. 23-46.
- Bhabha, Homi (1984): "Of Mimicry and Man: The Ambivalence of Colonial Discourse". En: *October*, 28, pp. 125-133.
- Caillois, Roger (1984): "Mimicry and Legendary Psychasthenia". En: *October*, 31, pp. 16-32.
- Castagnino, Raúl H. (1971) "Carlos de Sigüenza y Góngora o la picaresca a la inversa". En: Castagnino, Raúl H.: *Escritores hispanoamericanos, desde otros ángulos de simpatía*. Buenos Aires: Ed. Nova, pp. 91-101.
- Chang-Rodríguez, Raquel (1982): "La transgresión de la picaresca en los *Infortunios de Alonso Ramírez*". En: Chang-Rodríguez, Raquel: *Violencia y subversión en la prosa colonial hispanoamericana: siglos XVI y XVII*. Madrid: Porrúa Turanzas, pp. 85-119.
- Creer Johnson, Julie (1981): "Picaresque Elements in Carlos Sigüenza y Góngora's *Los Infortunios de Alonso Ramírez*". En: *Hispania*, 64, 1, pp. 60-67.
- González, Aníbal (1983): "*Los Infortunios de Alonso Ramírez*: picaresca e historia". En: *Hispanic Review*, 51, 2, pp. 189-204.
- González Echevarría, Roberto (1998): *Myth and Archive. A Theory of Latin American Narrative*. Durham: Duke University Press.
- Guillén, Claudio (1971): "Toward a Definition of the Picaresque". En: Guillén, Claudio: *Literature as System. Essays Toward the Theory of Literary History*. Princeton, N.J.: Princeton University Press, pp. 71-106.

- Hilton, Ronald (1966): "The Significance of Travel Literature, with Special Reference to the Spanish- and Portuguese-Speaking World". En: *Hispania*, 49, 4, pp. 836-845.
- Huggam, Graham (1997-1998): "(Post)Colonialism, Anthropology, and the Magic of Mimesis". En: *Cultural Critique*, 38, pp. 91-106.
- Irizarry, Estelle (1990): "Introducción". En: Sigüenza y Góngora, Carlos de: *Infortunios de Alonso Ramírez*. San Juan de Puerto Rico: Ed. Cultura, pp. 11-84.
- Lagmanovich, David (1974): "Para una caracterización de *Infortunios de Alonso Ramírez*". En: *Sin Nombre*, 5, pp. 7-14.
- Lorente Medina, Antonio (1996): *La prosa de Sigüenza y Góngora y la formación de la conciencia criolla mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lowenthal, David (1961): "Geography, Experience and Imagination: Towards a Geographical Epistemology". En: *Annals of the Association of American Geographers*, 51, 3, pp. 241-260.
- Maravall, José Antonio (1976): "La aspiración social de 'medro' en la novela picaresca". En: *Cuadernos Hispanoamericanos*, 312, pp. 590-625.
- (1983): *La cultura del barroco. Análisis de una estructura histórica*. Barcelona: Ariel.
- Moraña, Mabel (1990): "Máscara autobiográfica y conciencia criolla en *Infortunios de Alonso Ramírez*". En: *Dispositio*, XV, 40, pp. 107-117.
- Núñez Cabeza de Vaca, Álvar (2003): *Naufragios*. Ed. de Juan Francisco Maura. Madrid: Cátedra.
- Picón-Salas, Mariano (1982): *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pratt, Mary Louise (2007): *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. New York: Routledge.
- Quevedo, Francisco de (2001): *La vida del Buscón*. Ed. de Fernando Cabo Aseguinolaza. Barcelona: Crítica.
- Rama, Ángel (1998): *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca.
- Ross, Kathleen (1993): *The Baroque Narrative of Carlos de Sigüenza y Góngora. A New World Paradise*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sigüenza y Góngora, Carlos de (1990): *Infortunios de Alonso Ramírez*. Ed. de Estelle Irizarry. San Juan de Puerto Rico: Ed. Cultura.
- Soons, Alan (1976): "Alonso Ramírez in an enchanted and a disenchanting world". En: *Bulletin of Hispanic Studies*, 53, 3, pp. 201-205.
- Zamora, Margarita (1987): "Historicity and Literariness: Problems in the Literary Criticism of Spanish American Colonial Texts". En: *MLN*, 102, 2, pp. 334-346.